

Domingo de Resurrección

José Talleyrand Rodríguez

Copyright © 2015

La tarde de un Domingo de Ramos, mientras discutían el trayecto para las procesiones de Semana Santa, varios de los vecinos del pueblo de Los Cortijos notaron la presencia de un forastero parado cerca de la entrada principal de la Iglesia Mayor. El hombre, de estatura mediana y delgado, tendría entre 40 y 50 años de edad. Su vestimenta era modesta: Tenis marrones, un vaquero azul descolorido, una semi-guayabera de lino blanca y una vieja gorra negra que sostenía en sus manos. Su rostro blanco tostado por el sol estaba enmarcado por una barba hirsuta y una cabellera larga, ambas de color pardo oscuro. Diez años atrás muchos de los presentes lo habrían catalogado como un guerrillero de la montaña. Ahora, después del proceso de pacificación, más bien parecía un estudiante universitario de esos que nunca terminan la carrera o un bohemio. Había algo en su actitud que inspiraba confianza hasta tal punto que ninguno de los vecinos que lo vio recelo de él. Cuando una señora que pasaba a su lado dejó caer al suelo, sin darse cuenta, una palma bendita que había recibido, el forastero presuroso la recogió, y fue tras la señora a entregársela. El hombre oyó atentamente las rutas y horarios para las procesiones de Semana Santa pero no mostró ningún interés en participar en una de ellas. Nada de lo planeado para el Jueves, Viernes o Sábado Santos lo perturbó. Al mencionar el párroco del pueblo el horario para la misa de Pascua en el Domingo de Resurrección, de 3 a 4 pm, el forastero extrajo lápiz y papel de un bolsillo de su pantalón y tomó nota. Después se alejó y comenzó a recorrer el muro que cercaba la Iglesia Mayor. Se detuvo en un sitio donde el muro y una calle aledaña a la iglesia estaban separados por una distancia de unos tres metros. Bajo él tenía un espacio amplio libre de rocas y matorrales. Dio unos cuantos pasos para asegurarse de que el suelo en ese lugar estaba anivelado. Sonrió, ese era el sitio que necesitaba. Con paso alegre se marchó caminando por una calle aledaña a la Iglesia Mayor. Nadie en el pueblo lo volvió a ver hasta el Domingo de Resurrección.

Los eventos pautados para la celebración de la Semana Santa en Los Cortijos ocurrieron sin mayor incidente. Tan solo una lluvia pasajera, de esas que van y vienen, molestó durante las celebraciones del Viernes Santo. El pueblo se engalanó con fervor religioso. Hubo todo tipo de procesiones: diurnas y nocturnas, para adultos, jóvenes y niños. Se escenificaron representaciones de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Un buen número de personas desfiló con trajes y capuchas de color blanco, negro o rojo para expiar sus pecados o para pagar favores pedidos a Cristo. Unos pocos llegaron al extremo de mostrar su devoción flagelándose

con cuerdas y objetos de metal cortantes. El Sábado Santo, tras la muerte simbólica de Cristo el Viernes, la mayoría de la gente se recogió en señal de luto y se preparó para la explosión de alegría del Domingo de Resurrección. El Domingo las calles amanecieron decoradas con todo tipo de flores. Las últimas procesiones recorrieron el pueblo y en medio del júbilo por la resurrección de Cristo muchos vecinos intercambiaron obsequios o huevos de Pascua. A media tarde, una misa solemne, con voleo de campanas y sentidos aleluyas, puso fin a las celebraciones de la Semana Santa. Fue entonces cuando el forastero reapareció.

Venia conduciendo un viejo jeep de color verde oliva. A su lado, en el asiento delantero del copiloto, traía a un niño de unos ocho años. En la parte trasera del vehículo se veían una silla, tambores, timbales y otros instrumentos de percusión que formaban un gran bulto atado con sogas de mapey. Bajo la mirada inquisitoria de varios vecinos, el forastero detuvo el jeep a unos pasos del muro de la Iglesia Mayor, cerca del sitio que había inspeccionado la semana anterior. Sin decir palabra, con la ayuda del niño, procedió a descargar el contenido del vehículo. Colocó la silla al lado del muro de la Iglesia y en frente de ella posicionó en forma estudiada de antemano los instrumentos de percusión que había traído. La gente de Los Cortijos nunca antes había visto semejante arreglo de tambores, timbales, platillos, triángulos, piscas y maracas. El forastero probablemente era un músico profesional. Lo último que extrajo del jeep fue una bolsa donde tenía baquetas o palillos con distintas longitudes y grosores para tocar los instrumentos. Tomó dos baquetas, se sentó en la silla, miró hacia el cielo por unos segundos en busca de inspiración, y comenzó a tocar.

Su música era un ensayo en percusión pura salpicado aquí y allá con notas derivadas del folklore africano pasando por el candombe, la salsa y el jazz. Era una música alegre que deleitaba al oído y atraía al cuerpo. Poco a poco un grupo numeroso de vecinos se congregó alrededor del forastero. Maravillados por la forma en que tocaba empezaron a preguntarse: ¿quién es este hombre? Como ninguno dio una respuesta satisfactoria a la pregunta, uno de ellos intentó comunicarse directamente con el músico. Fue inútil. El forastero lo ignoró o quizás no oyó sus palabras. Estaba completamente imbuido en un segmento complejo que combinaba golpes de tambor, platillo, triángulo y maracas. ‘Es un bendito’ proclamaron tres ancianas beatas que habían conseguido colocarse en frente de la congregación de vecinos. Vestían hábitos de

falda blancos y en sus manos llevaban rosarios de cuencas que vibraban con las notas de los tambores.

Dicen que fue en el interior de la Iglesia Mayor donde se originó el rumor de que el forastero era un hombre que tocaba como agradecimiento por la salvación milagrosa de su hijo. Se llegó a hablar de un niño enfermo con leucemia terminal que se salvó gracias a la intervención directa de Cristo. El rumor se extendió rápidamente entre la población de Los Cortijos. Al oírlo, el párroco del pueblo interrumpió lo que estaba haciendo dentro de la iglesia y junto con el sacristán salió corriendo a ver tal prodigio. Los dos cortaron a través del grupo de personas que rodeaba al músico. Al llegar a unos metros del forastero sus ojos se abrieron llenos de asombro. El sacristán notó la presencia del niño que había arribado con el músico. Se acercó a hablar con él:

- Hola, bienvenido a Los Cortijos. ¿Usted es el jovencito que estuvo a punto de morir de leucemia?

El niño lo miró perplejo sin saber qué responder. Rápidamente se retiró hacia donde estaba aparcado el viejo jeep. El sacristán no le dio mayor importancia al asunto. En ese momento un par de turistas, hombre y mujer, empezaron a tomar fotos del forastero. Querían captar su imagen en plena acción. Él no se dio por enterado, siguió a lo suyo, tocando y tocando. La rapidez con que movía los brazos y manos dificultó el trabajo de los dos fotógrafos aficionados. Decidieron subir la velocidad de disparo de sus cámaras. A la turista se le ocurrió hacer un encuadre de abajo hacia arriba donde aparecieran el pecho, los brazos y la cabeza del forastero. Con determinación se acercó al músico, hincó rodilla en tierra, apuntó el foco de su cámara hacia arriba, y disparó. Fue en ese preciso instante cuando un vecino que acababa de llegar al lugar empezó a dar voces excitado:

- ¡Cooño! ... Este es Ramiro Menéndez. Sí es él ... ¡Qué bárbaro! ... Cuando era más joven, hace años de eso, dejó su trabajo de músico en la capital, se fue a La Sierra y montó una escuela en Santa Paula. Ahí fue donde yo lo conocí. Ramiro se puso a enseñar a leer y escribir a la gente. Esa vaina no le gustó a Eugenio Montero el cacique de la zona. El viejo Montero lo acusó de ser comunista y dio orden de que los paramilitares lo mataran. Eso fue muy feo. El cura de Santa Paula escondió a Ramiro en la iglesia del pueblo. Ramiro se salvó pero los paramilitares mataron al cura y a un monaguillo. ¡Una cosa terrible! Ramiro cayó en una depresión, quedó mal de la cabeza, le dio por tocar sus tambores como ofrenda durante la Semana Santa ... Se ve que se cansó de tocar en los pueblos de La Sierra y abandonó las montañas. ¡Ramiro Menéndez tocando

aquí en Los Cortijos! El mundo es chiquito.

Sorpresa general. La historia del tamborilero loco captó la atención de la gente. Los presentes analizaron sus detalles mientras el incidente corría de boca en boca. Ciertamente era una cosa terrible. Las tres ancianas beatas se santiguaron pidiéndole al cielo por la salvación del forastero y por las almas del cura y el monaguillo asesinados por los paramilitares. Sin embargo, antes de que la historia cuajara entre la población de Los Cortijos, un vecino intervino:

- Mira Felipe ese cuento está bien hecho pero tú tienes otros más bonitos de tu época en La Sierra. ¡Que imaginación! ... Cada día sales con algo nuevo.
- ¡No me vengas con vainas Juan José! Lo que conté de Ramiro Menéndez es verdad. Eso no es invento mío.

El daño estaba hecho. La mayoría de la gente decidió olvidarse de la historia con el maestro de escuela escondido y el enfrentamiento del cura y el monaguillo a los paramilitares. Les gustó mucho más la historia del hombre que tocaba como agradecimiento por la salvación de su hijo. Nada de esto le importó al forastero. Continuaba tocando incansable, inventando distintas permutaciones de notas y repiques. Su inspiración a la hora de crear sonidos con sus instrumentos de percusión parecía ser infinita.

Una hora después de haber empezado el concierto del forastero, el cielo sobre Los Cortijos empezó a llenarse de nubes cargadas con agua. Una ligera lluvia ya había molestado durante las celebraciones del Viernes Santo pero esto era una cosa mucho más seria. Los vecinos pusieron mala cara. ¿Iba a parar de tocar el forastero? ¿Valía su música una buena mojada bajo la lluvia? Una llovizna fina empezó a caer, poco a poco incrementó el tamaño de las gotas de agua, la garua fina se transformó en lluvia fuerte. A la gente no le quedó más remedio que buscar refugio. Muchos se fueron a sus casas. El niño que acompañaba al forastero se guareció bajo el portal de una tienda cercana. Ahí se le acercó un perro callejero con el que se puso a jugar. Sólo las tres ancianas beatas permanecieron cerca del músico ignorando la lluvia. Una de ellas, llena de fervor religioso e impresionada por las gotas de agua que caían sobre la larga cabellera y barba del forastero, empezó a gritar:

- Es Cristo ... ¿No ven que es Cristo? ... ¡Que nadie huya!

El forastero continuó tocando los tambores. Obviamente no era la primera vez que él y sus instrumentos musicales sufrían el impacto de la lluvia. El contacto del agua con la madera y cuero de los tambores y timbales cambió sus propiedades acústicas dando lugar a una nueva

gama de tonos. Un nuevo universo de sonidos en el que el forastero se sumergió con entusiasmo. En los cielos se empezó a oír el sonido del trueno. Primero distante y esporádico, después cercano y continuo. La lluvia fuerte se transformó en tormenta. Ante el empuje de la naturaleza las calles del pueblo quedaron casi desiertas. Las tres ancianas beatas temblaban llenas de miedo

- ¡Oigan como truena! ... Todos esos rayos ... ¿Y si éste en lugar de ser Cristo fuera el Diablo disfrazado burlándose de nosotras?
- Ave María purísima ilumínanos, cosas mucho más feas ha hecho el Diablo.
- Vámonos ... ¡Santa Bárbara bendita protégenos!

Las tres mujeres echaron a correr hacia el centro del pueblo. El resplandor de la luz de los rayos iluminaba su camino. Pasaron por delante del portal donde se guarecían el niño y el perro callejero. El perro no pudo resistir la tentación de ladrarles. Por un segundo pensó en ir tras ellas, para tratar de morder sus hábitos blancos, pero el diluvio de agua que caía del cielo lo hizo cambiar de idea. Cerca del muro de la iglesia el forastero continuaba tocando sus tambores. Sonreía, no le tenía miedo a los rayos que cortaban el firmamento. Había sobrevivido a cosas peores. Estaba vivo y daba gracias por ello.

Con el ruido de la tempestad nadie en Los Cortijos supo de seguro hasta qué hora siguió tocando el forastero. Muchos dicen que a las diez de la noche aún tocaba. Felipe, el vecino que había vivido anteriormente en Santa Paula, juró que a las dos de la madrugada oyó el sonido de un solo de timbales. La mañana del lunes, cuando la tormenta amainó, muchos vecinos, llenos de curiosidad, regresaron al lugar donde por última vez habían visto al forastero. El hombre y sus tambores habían desaparecido. Tampoco estaban el niño, el perro callejero y el viejo jeep. En el barro del suelo de tierra aún quedaban unas pocas marcas humanas que el agua de la lluvia no había logrado borrar.